

do por espacio de varios días, obligando á la guarnición del fuerte á retirarse al Paso del Norte, y desde aquel punto, lograron pedir socorros á Nueva España, y avisar lo sucedido.

En tan angustiosos momentos llegó el virrey marqués de la Laguna, quien tomó las medidas convenientes para que la rebelión no se extendiera á las demás provincias limítrofes. En los comienzos del año de 1681, salieron las tropas destinadas á Nuevo México, que debían unirse á las guarniciones de los presidios y formar su centro en Paso del Norte, provisto entonces de cuanto era necesario para la campaña que no lograron llevar á efecto, porque los indios esquivaban las batallas, y sólo acechaban momento propicio para sorprender á sus contrarios.

Largo tiempo permanecieron en aquella actitud sin aceptar condiciones de paz, hasta que el celo eclesiástico y la persuasión de los misioneros, alcanzó lentamente su sumisión.

Tales sucesos contribuyeron á que en 1682, pensara el marqués de la Laguna, en crear una colonia en Santa Fe, para lo cual envió trescientas familias entre españoles y mulatos, repartiendo los terrenos y teniendo desde luego la colonia el título de ciudad, y como los indios de otras provincias estaban dispuestos á sublevarse, se reforzaron las guarniciones de los fuertes, para evitar un levantamiento general en Nuevo México.

En Septiembre de 1681 y después de haber sofocado un motín en Oaxaca, dispuso el virrey la salida de don Isidro Otondo y Antillón, para la conquista y reducción de las Californias, lo cual no tuvo efecto hasta 1683, que se dió á la vela en el puerto de Chacala. En la expedición que hacía largo tiempo se preparaba, fueron tres padres jesuitas, contándose entre ellos, un inteligente matemático, colonos y soldados, empleando trece días en la navegación, y á su llegada no obtuvieron de los californios benévola acogida al recordar los abusos cometidos por los pescadores de perlas.

El marqués de la Laguna tuvo que prepararse para rechazar los ataques de siete navíos de guerra que el obispo de Brandemburgo había dispuesto salieran para Indias, en son de guerra, pidiendo se satisficieran los sueldos debidos á las

tropas auxiliares en la lucha con Flandes. Ya en el puerto de Ostende, habían hecho presa de una nave española, todo lo cual aumentó los temores confirmados al presentarse las naves en el canal de Bahama, que abandonaron poco después sin ataque á los puertos.

En Agosto de 1682 llegaron tres navíos franceses de alto bordo á la entrada de Puerto Bello, reclamando unos prisioneros franceses que fueron entregados por don Francisco Calvo, avisado oportunamente de haber llegado á la Martinica, no sólo quince navíos franceses, sino más de tres mil hombres y mujeres, para poblar, con el objeto de caer sobre la provincia de Darien. La escuadra de Barlovento recibió órdenes del virrey para navegar por las costas de Tierra Firme, ordenando se diera un informe de las armas disponibles en Nueva España. Dispuso remitir al gobernador de la Habana, treinta mil pesos para que la ciudad de Matanzas, se pusiera en estado de defensa, nueve mil á la Florida, para terminar el castillo y guarnecerlo con trescientos cincuenta soldados, y diez mil pesos, á Campeche, porque todas las precauciones eran pocas en aquellos momentos en que las posesiones españolas estaban más amagadas que nunca. No bastaron sin embargo para evitar que los piratas cayeran de sorpresa sobre Veracruz, obligando al marqués de la Laguna, á hacer una leva de tropas para socorrer el puerto y desalojar á los piratas. Dicen las crónicas que entre ellos, se encontraba Lorenzillo, terror de los puertos y que había adquirido terrible celebridad por sus sanguinarios instintos, quien desembarcando en la Antigua al mando de Agramont, tomó parte en el saqueo de la ciudad y en la presa de grandes sumas que llegaban de España en la flota.

El desembarco lo hicieron á las cuatro de la mañana, aterrando al vecindario con los gritos y los tiros y los ayes de los indefensos vecinos que eran asesinados al salir á la calle; señalándose el alférez Diego Martín, por haber desgarrado la bandera española antes que entregarla á los foragidos. Aquellos hombres derribaban con el hacha las puertas que resistían, y acosaban á los habitantes hasta la plaza medio desnudos, y los enterraban en la iglesia con las joyas, dinero

y otros objetos que estaban dispuestos á ser embarcados en la flota para España.

Tenían los piratas once embarcaciones, nueve piraguas y más de mil hombres de desembarco. Nicolás Agramont, el jefe de la expedición, quiso incendiar la iglesia, para que perecieran en ella los prisioneros de Veracruz, lo cual no se llevó á efecto: entretanto aquellos desdichados sufrían tormentos horrorosos por el hambre y la sed. Los negros y mulatos prisioneros, fueron empleados para transportar el bote á los navíos, y no satisfecha la codicia de los piratas, llamaron á palacio á todos los vecinos más pudientes amenazándoles con la muerte si no declaraban las sumas que tuvieran escondidas, acumulando más de seiscientos mil pesos, en cambio de la vida. Tales excesos no bastaron á calmar ni la codicia, ni la sed de crímenes que ejecutaron sobre los infelices prisioneros.

Hostilizados por algunos jinetes del interior, pensaron en embarcarse, haciendo que los presos condujeran á bordo de las naves, los efectos saqueados. El rescate se ajustó en ciento cincuenta mil pesos, entregándose en cambio los rehenes que estaban en su poder.

El domingo 23 llegó la escuadra mandada por don Diego Saldivar, lo que hizo apresurar el embarque de los invasores que se hicieron á la vela muy de madrugada. Tan triste acontecimiento, hizo se renovaran las órdenes para que la escuadra de Barlovento acompañara las flotas hasta la Habana, y el virrey armó en México, á todos los vecinos aptos para empuñar las armas, siendo delegados para conducir las tropas á Veracruz, los oidores Delgado y Solís. A su llegada ya habían desaparecido los corsarios con dirección á las costas de Yucatán.

Trasladóse el virrey á Veracruz, y condenó á la pena capital al gobernador de la plaza, por creer de acuerdo con el asesor, que no había cumplido como debía para evitar el desembarco de los enemigos. La sentencia no fué ejecutada por la apelación hecha al rey, pero se le embarcó para España.

El atrevido golpe que los corsarios habían dado en Veracruz, aterró á los comerciantes y á todo el vecindario, dis-

poniendo que desde entonces quedaran en Jalapa las cantidades señaladas para la exportación. Muchos de los habitantes sufrieron ruína completa, calculando la pérdida en más de siete millones de pesos.

Consígnase que durante el mando del marqués de la Laguna, fué ejecutado un impostor don Antonio Benavides que se hacía pasar por mariscal de campo y alcaide de la fortaleza de Acapulco. La Audiencia le hizo prender y lo sentenció á la pena capital.

Los corsarios se paseaban triunfantes por los mares de América instigada su codicia por las grandes riquezas que en aquellas costas encontraban, y era tal la rapidez de sus movimientos, que con frecuencia embarcaban ganados y robaban cuanto existía en las granjas, sin que nadie tuviera noticia para poderlos perseguir. No abrigaban temor á la muerte y despreciaban las amenazas y las órdenes que contra ellos se daban. Apenas al atacar una nave, saltaban al abordaje con puñales, y la dotación de los navíos, no tenía ni tiempo de pensar en defenderse; sus buques eran pequeños, de muy poco calado, ligeros, y con facilidad se escondían en las ensenadas de las costas, entre arrecifes, espiando desde allí la salida ó entrada de los navíos.

El rey visto que los piratas no eran castigados, ordenó se pasaran por las armas ó fueran ahorcados si caían prisioneros, sin que tales disposiciones hicieran cambiar de derrotero á los piratas. El 30 de Mayo de 1683, acometieron el castillo y la ciudad de Guayana, apoderándose del gobernador y haciendo prisionera á la guarnición.

El gobierno del marqués de la Laguna fué de continua lucha contra los piratas, no faltándole en el interior de Nueva España, discordias y desavenencias con los gobernadores. Como su jurisdicción era tan extensa, encontraba serias dificultades para defender aquellos dominios, siendo imposible ni desalojar á los piratas ni evitar muchas veces las invasiones. Los ingleses poco á poco se habían apoderado de algunas islas poblándolas, y situadas éstas en el archipiélago de las Antillas, representaba para España una continua acechanza para sus posesiones. Por otra parte era interminable la rebe-

lión de los indígenas de Nueva Vizcaya, y fueron establecidos presidios en Cuencame y el Gallo, y guarnecido con veinticinco soldados cada uno.

El accidentado é intranquilo gobierno del marqués de la Laguna, que había prorrogado el rey por tres años más, tuvo su término en 1686, regresando á la Península, donde le fué conferida la grandeza de España.



*Melchor de Monclova*

DON MELCHOR PORTO-CARRERO LASO DE LA VEGA  
CONDE DE MONCLOVA. — VIGÉSIMO NOVENO VIRREY. — Año 1686

## Don Melchor Porto-Carrero Laso de la Vega

Conde de Monclova. — Vigésimo noveno virrey

Año 1686

Llegó á Veracruz el 14 de Octubre de 1686, haciendo su entrada en México, el 30 de Noviembre y facultado por las órdenes que llevaba de la Corte, mandó una expedición de dos bergantines contra los franceses, que se decía habían fundado una colonia en el seno Mejicano, pero tanto la citada expedición, cuanto otros buques que recorrieron el golfo, no encontraron aquella citada, pero sí en las costas, fragmentos de embarcaciones, pertenecientes á la nación francesa. Más tarde, una embarcación que salía de la Habana, hizo presa de otra enemiga, y uno de los prisioneros, afirmó ser cierto que los franceses tenían una colonia en el seno Mejicano. De nuevo se registraron las costas, se investigó todo el golfo sin resultado ninguno y sin hallar vestigios de lo dicho por el prisionero que fué condenado á galeras por impostor.

En aquellas investigaciones se encontraron no sólo restos de navíos zozobrados, sino los de un fuerte empezado á construir en la bahía de San Bernardo. El virrey queriendo á todo trance evitar otra tentativa, estableció un presidio y fundó la colonia Monclova, con ciento cincuenta familias y hombres esforzados y dispuestos á hacer frente á los franceses.

Continuaron las obras de defensa en los puertos y la nueva organización de la armada de Barlovento, instalando en

las fortificaciones de Campeche, veinticuatro piezas de artillería.

Hubo por entonces un motín promovido por la gente de mar y la infantería de la escuadra de Barlovento, alegando en su favor lo exíguo de la paga que se les daba, pero no persistieron en su actitud exigiendo solamente se les abonara algo de lo que se les debía atrasado, pero en Veracruz, no se sometió el resto de los soldados hasta que se les garantizara el perdón, haciéndose fuertes en el convento de Santo Domingo.

El conde de la Monclova mandó recursos para que fueran reparadas las fortificaciones de los presidios, se informó cuáles eran los religiosos que carecían de licencia, obligándolos á regresar á España; hizo respetar la real orden por la cual ningún criollo podía sentar plaza de soldado en la fortaleza de San Juan de Ulúa, ni en las compañías de Veracruz.

Una real cédula de 5 de Mayo de 1688, concedió al conde de la Monclova y á sus sucesores, doce empleos de todas clases para sus favorecidos ó criados, eximiendo el permiso de las restricciones que tenían anteriormente.

El arzobispo de México solicitó de la Corte se prohibiese el juego de gallos por acarrear grandes perjuicios, brindándose á dar los mil setecientos veinte pesos anuales que producía, y no admitiéndole la oferta, se estableció el derecho llamado de «Cobos,» que tomaba su nombre de la gracia que el rey hizo al secretario Francisco de los Cobos, del uno y quinto por ciento, sobre el oro y la plata, que se fundiera en Indias.

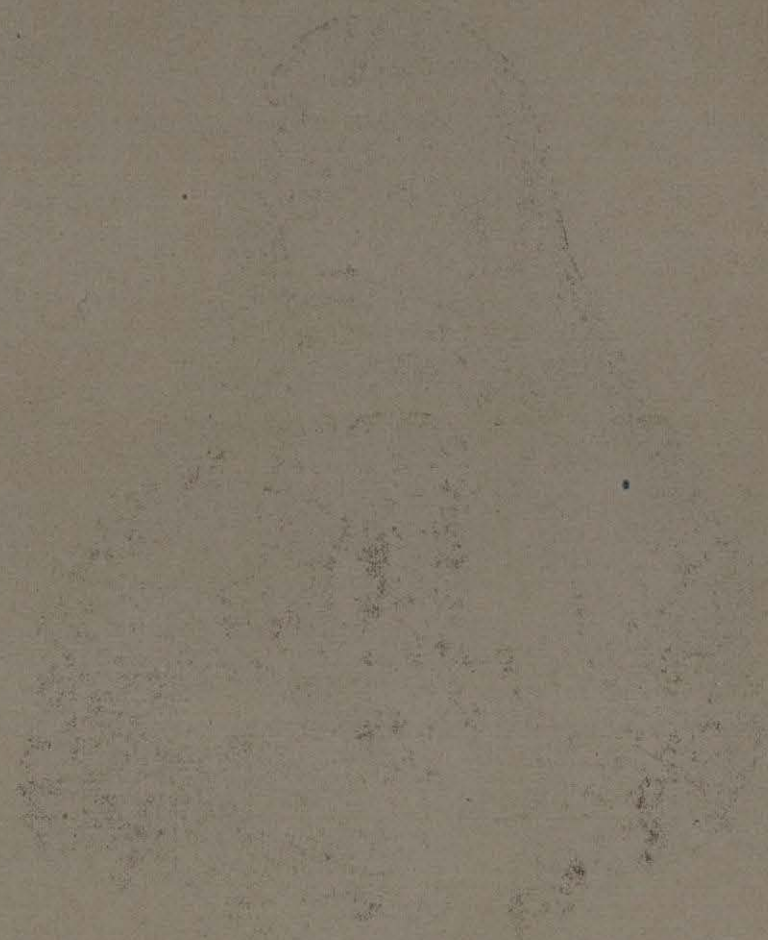
No faltaron excursiones piráticas durante el mando del conde de la Monclova, y nunca faltaban navíos holandeses ó franceses en las costas de Venezuela, donde en Puerto Cabello fué capturada una nave española con seiscientos arrobas de cacao. En Tampico entraron los piratas en Abril de 1684, saqueando y haciendo prisioneros á los habitantes, pero socorridos oportunamente por la armada, cayeron en su poder ciento cuatro piratas, y pedida la pena de muerte, no se ejecutó ésta, por obedecer órdenes del rey para que fuesen remitidos á España; sin embargo, cinco de los capitanes, fueron ahorcados. El vecindario de Tampico, pidió se construyera

un castillo ó fortín para su defensa; dos años después en la laguna de Términos, se hicieron tres prisioneros, y éstos dieron la noticia de que allí estacionaban más de cien hombres en los cortes de madera que se enviaba en embarcaciones de Jamaica. El virrey formó el proyecto de perseguir á los intrusos y hacerlos salir de aquel sitio.

En toda la costa americana, se rechazaban con frecuencia los ataques de los enemigos que fundaban colonias francesas, haciéndose pasar por españoles.

En el virreinato del conde de la Monclova se multiplicaron las quejas de los indios, y los abusos contra ellos, pues los hacendados de Río Verde, Tampico y Nuevo León, les arrebatában sus esposas y hasta sus pequeñuelos, y llevándolos al interior, los vendían como esclavos, no encontrando amparo sino en los misioneros que acudían al virrey, para auxiliarlos. Este con frecuencia, si bien intentaba hacer justicia, no siempre lo conseguía, siguiendo la costumbre de contravenir las órdenes del gobierno.

El conde de la Monclova fué nombrado virrey del Perú, embarcándose en Acapulco el 11 de Mayo de 1689.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY



*Don Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza*

DON GASPAR DE LA CERDA SANDOVAL Y MENDOZA  
CONDE DE GÁLVES. TRIGÉSIMO VIRREY.—Año 1688

## Don Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza

Conde de Galve.—Trigésimo Virrey

Año 1688

A su llegada á México el 17 de Septiembre de 1688, tuvo este virrey noticia de que en Nuevo México había tres franceses que se dirigían á la colonia establecida en el golfo Mejicano, sorprendiendo tal nueva al conde de Galve, que dió sus órdenes al gobernador de Coahuila don Alonso León, para que sin demora marchase á la costa y se informase de las fuerzas que tenían allí los franceses. Atravesando desiertos llegó á la bahía de San Bernardo, donde encontró el fuerte á medio construir. Interrogados los indios, participaron que en la tribu de los Asindis, había cinco extranjeros. El gobernador León, destacó algunos soldados para ofrecer á los franceses un salvo conducto de parte del virrey y la promesa de repatriarlos. Días después, volvieron los soldados con dos europeos que conducidos á México, fueron enviados á la Península.

Carlos II encargó singularmente al virrey, que mandara una expedición para desalojarlos de la Isla Española.

De nuevo ardió la guerra con todas sus consecuencias entre Francia y España, y las órdenes más severas fueron transmitidas al conde de Galve, para hacer confiscaciones y tomar represalias, puesto que Francia, había sido la primera en faltar á la tregua de 1684, ocupando una parte de los Países

Bajos, apresando barcos españoles, insistiendo en vano para hacer un tratado de neutralidad con España, siguiendo la corriente el rey francés de sus miras ambiciosas.

Tales acontecimientos fueron la base para que Carlos II, ordenase el destierro de los franceses residentes en sus dominios. En la declaración de guerra hecha por el rey Luis XIV, imponía pena de la vida, á todo súbdito francés, que comerciara con los españoles.

El virrey conde de Galve, se encontró en una situación difícil por haberse sublevado los indios tarahumares, tepehuanes y otras tribus que bárbaramente asesinaron á los misioneros franciscanos, muchos españoles y tres jesuítas. Preocupado el virrey con las infinitas atenciones que los indios y los piratas le imponían, recibió con plácemes la noticia de que el padre jesuíta Juan María de Salvatierra, había sometido á los revoltosos, siendo el motivo de la sublevación, los malos tratamientos que los indios recibían de los españoles, sobre todo en el laboreo de minas, y envalentonados porque sus hechiceros les pronosticaban que alcanzarían la victoria.

Un mulato llamado Tomás de la Torre, se había fugado de la bahía del Espíritu Santo, y declaró que los ingleses tenían allí una fortificación con catorce cañones, ofreciendo al virrey que él podría conducir una expedición. La oferta fué aceptada, pero la muerte de la reina doña María Luisa esposa de Carlos II, retrasó se llevase á efecto.

Como sus antecesores quiso el conde de Galve acabar con los abusos que cometían los alcaldes mayores. Prosiguió las obras de reedificación del castillo de Ulúa; mandó seis mil pesos á Puerto Rico, para edificar la catedral, y trató de corregir los grandes males de la Real Hacienda, activando el cobro de la media anata y de la mesada eclesiástica.

Su primera disposición al llegar á México fué solicitar de los prelados y del alto clero, un donativo para perseguir á los piratas del mar del Sur, y con su producto se acabó de armar la escuadra en Acapulco, llevándose á efecto el destierro de los extranjeros, avecindados en Filipinas, con excepción de algunos.

Sufrieron los franceses una derrota de importancia, quedando en el campo, más de 800 muertos, entre ellos, el go-

bernador del Guárico, numerosos jefes y como 300 piratas auxiliares

Los españoles tomaron é incendiaron la ciudad, hicieron muchos prisioneros, apresaron buques, quedando dueños los vencedores de toda la parte norte de la Isla Española. El ejército enviado por el virrey de Nueva España, tuvo el refuerzo de setecientos isleños ansiosos de vengar lo que habían sufrido cuando los franceses se apoderaron de Santiago.

Tal fué el brillante resultado de la expedición bien organizada, que el conde de Galve, hizo salir de Veracruz para hostilizar y batir á los franceses en Santo Domingo.

Las tropas volvieron al puerto de partida, sin destruir los establecimientos que los enemigos poseían en la costa Oeste.

De 1689 á 1691 causaron las lluvias fuertes desperfectos, perdiéndose las cosechas, inundándose algunas calles de la capital, y haciéndose imposible la circulación por las carreteras.

El hambre y la miseria fueron las consecuencias lógicas, y sospechando que los tratantes en granos ocultaban el trigo, se les persiguió severamente, embargando el que se encontraba, repartiéndolo para abastecer los mercados.

La situación fué por demás crítica, á pesar del auxilio que prestaban todos los ricos y en particular del caritativo arzobispo don Francisco de Aguiar y Seijas, que aun no le alcanzaban sus rentas para repartirlas entre la gente necesitada.

A tan hondas calamidades añadíanse otras, que en vano el virrey trató de contrarrestar, porque la Corte se opuso á sus loables intenciones. Desamparadas las costas Norte y Sur, quiso formar una compañía de cien hombres á caballo con sueldo, para vigilar y defender aquéllas. El proyecto tuvo buena acogida en la Audiencia, pero no en el ánimo del rey, que si lo aceptó, fué bajo la condición de que cada hombre tuviese recursos propios para sostenerse, y suprimió los veinticinco soldados que resguardaban Tabasco contra los corsarios.

El conde de Galve aumentó los comisarios de la Hermandad; los empleos eran honoríficos y sólo tenían un corto auxilio para costas.

El bandolerismo era cada vez más temible y mayor el te-



mor y el sobresalto, pues varias partidas cometían robos á mansalva y se imponían ferozmente á los viajeros.

El virrey prestó su protección á las misiones de Sierra Gorda, encomendadas á los frailes dominicos, que tenían por superior á fray Rafael Galindo. A cada uno de ellos le estaban asignados trescientos pesos anuales, teniendo la misión por principal objeto, convertir á los indios, fundar pueblos donde se les concedía tierra á los indígenas, y establecer para ellos, un hospicio en San Juan del Río.

Creía el virrey que era importante el beneficio del azogue en aquellas sierras, en cuyos criaderos, sólo trabajaban los indios que por veinte años estaban libres de pagar tributo, de ser repartidos ni entregados á encomenderos, formando un núcleo á parte y teniendo sus regidores y caciques.

Entre las disposiciones y acuerdos más benéficos del conde de Galve, fué el ordenar se estableciesen escuelas donde aprendieran los indios el castellano, cumpliendo así con varias leyes de la recopilación de Indias. Los centros escolares debían ser para niños y niñas, pero separados por completo, y para obligar á los indígenas y alentarlos para el estudio de la lengua española, se establecía que ninguno podía tener oficio sin aquella condición; el sueldo del maestro, se abonaba por las comunidades de indios. La real cédula referente á tan importante reforma estaba fechada en Abril de 1691. Uno de los sucesos de importancia, fué la sublevación de la Nueva Vizcaya, Sonora y Sinaloa, que arrastró á las fronterizas impulsados los indios por haber hecho armas contra ellos, los cabos militares y aun las autoridades, promoviendo la rebelión que el virrey trató de combatir poniendo en juego todos los elementos hasta conseguir la paz.

También se mandaron misiones á Tejas, instalando allí un presidio que fué abandonado ya sea por la escasez, ó bien por los excesos cometidos contra los indígenas.

El rey de Inglaterra envió por aquel tiempo una flota de quince navíos, para que apoyara á la armada de Barlovento, y conseguir que ambos países unidos, desalojasen á los franceses de la isla de Santo Domingo, apoderándose de las colonias que tenían en América y del tráfico comercial.

Curiosa fué la llegada á México del célebre privado Va-

lenzuela, el favorito, según las crónicas, de la reina Mariana de Austria, regente del reino, durante la menor edad de Carlos II. Un año poco más ó menos después de su residencia en México, un caballo le dió una coz en el estómago que le produjo la muerte, siendo su albacea el conde de Galve. Fué sepultado don Fernando Valenzuela en la iglesia de San Agustín, donde se le hicieron solemnes honras con asistencia del virrey, audiencia, cabildo, y las comunidades, doblando en todas las iglesias.

El pueblo mejicano agobiado por el hambre y por tan diversas calamidades que llovían sobre Nueva España, se amotinó en la noche del 8 de Julio de 1692, sin que lograsen impedirlo los vecinos de mayor autoridad, ni aun el mismo arzobispo Aguiar y Seijas, que tanto había auxiliado con sus rentas. El pueblo apedreó las ventanas de palacio, puso fuego al edificio, á las casas consistoriales y á numerosas tiendas, saqueando y robando lo que en ellas encontró. El fuego duró toda la noche y el célebre científico don Carlos de Sigüenza y Góngora, pudo conseguir escalando las ventanas de las casas consistoriales y ayudado por algunos amigos, salvar libros y papeles importantísimos, coleccionados en los archivos del ayuntamiento.

Aquella noche el virrey durmió en San Francisco, donde se había refugiado al comenzar el incendio del palacio. El prior del consulado y don Juan de Velasco, conde de Santiago, sofocaron el motín, y la compañía de los comerciantes, fué la primera que fuerte de seiscientos hombres, penetró en la plaza para apagar el fuego.

Tal suceso dió margen á pesquisas y á castigos impuestos á los principales jefes del motín, y algunos de ellos fueron ahorcados.

Siendo gobernador de la provincia de Tlaxala don Fernando Manuel de Bustamante, estalló á los seis días un nuevo motín en la capital de aquella provincia, sofocado por los indios caciques, que merecieron las gracias del conde de Galve, y la promesa de que el rey, sabría premiarles tal servicio. En Septiembre de 1692, despachó un navío dando cuenta al monarca de los desórdenes acaecidos y de las providencias tomadas para terminarlos. El rey aprobó por completo todo

lo hecho por el conde de Galve, como asimismo el Consejo de Indias, dando las gracias al conde de Santiago y al prior del consulado, manifestando á los caciques é indios notables de Tlaxala, cuanto era su agradecimiento por el auxilio que habían prestado al restablecer el orden.

Solicitado por el comercio de México, concedió el rey se formase un «tercio» que en nada fuera gravoso á la Real Hacienda, nombrando maestro de campo á don Luis Sans de Tagle, prior del Consulado, disponiendo se sostuviese el tercio creado por los comerciantes, considerándolo de gran utilidad.

Se componía de aquellos vecinos interesados en el orden y en la paz; no gozaba ni prerrogativas ni fuero militar, haciendo alarde para disciplinarse de ejercicios en las armas, y no recibían sueldo. También por aquel tiempo se crearon tres compañías de caballería, con patentes de capitán, tenientes y alfereses sin paga, y lo que se les abonara, sería por vía de socorro «ayuda de costa y para el pan de munición.»

Pasó aquella época luctuosa, y volvieron á reinar la abundancia y el bienestar, y más tranquilo el virrey, se consagró á dar cumplimiento á la orden de poblar el puerto de Panzacola y establecer un presidio, aprobando el informe de don Carlos de Sigüenza y Góngora que había hecho el plano para la población y fortaleza, comenzando activamente las obras con trabajadores de Veracruz, y dejando allí un destacamento.

El palacio de los virreyes había sufrido mucho con el incendio, y se procedió á su reconstrucción.

Ordenó el conde de Galve se cumpliera lo mandado, referente á recoger el maíz en la alhóndiga, porque la pérdida de los sembrados acarrearía nueva escasez.

Volvieron á sufrirse en México las consecuencias de la alza de precios en los víveres de primera necesidad, y como era natural, carecía el pueblo de alimentación sana y abundante, resintiéndose la salud de los indios porque además les faltaba el *pulque*, bebida que el virrey había prohibido interinamente y la que constituía una de las costumbres más arraigadas entre los hijos de Anahuac.

No solamente eran éstos los que padecían, sino también los españoles menos acomodados, sucumbiendo en gran nú-

mero de unos y otros por efecto de la epidemia que sobrevino, teniendo nuevamente que atender los ricos con sus auxilios y el arzobispo Seijas, que acudía á todas partes para llevar socorros y consuelos.

Habían disminuído los rendimientos de propios en la ciudad de tal modo, que el ayuntamiento apenas lograba reunir catorce mil pesos anuales, de los veinte mil que gastaba y tanto más, cuanto que por el motín y el incendio, se impuso la reedificación del ayuntamiento y de la cárcel.

Aquella corporación solicitó permiso para reponer los cajones llamados del Baratillo, destruídos en el tumulto. El virrey accedió á la solicitud, pero como aquéllos eran siempre refugio de viciosos y alborotadores, dispuso se hiciera el plano de una plaza, para edificar casas simétricas de piedra llamadas después el Parian, estableciendo en ellas tiendas del comercio.

También aceptó el conde de Galve deseoso de aumentar el número de buques para la armada, la oferta de Antonio Martín Sagonazo de entregar un navío por su cuenta y armarlo por el rey. El virrey atribuía al corto número de buques que tenía la escuadra, el no tomar presas á los piratas, por lo cual aceleró el proyecto de dotarla con mayores fuerzas. La vigilancia había de ser cada día mayor, puesto que en los puertos franceses, se preparaba una escuadra compuesta de cuatro fragatas, con cuarenta cañones cada una y dos urcas repletas de provisiones, habiendo encargado el mando de aquella expedición, á M. Genes; por otra parte la costa de Yucatán, estaba perennemente bajo la amenaza de los piratas. Las dos embarcaciones que servían de guardacostas en Veracruz, habían zozobrado reemplazándolas con una fragata construída en Campeche.

Causó profundo disgusto que por la escasez de numerario y los desembolsos que hacía España, con motivo de la guerra, mandase el rey rebajar los sueldos por un año en una tercera parte, pidiendo además un donativo en la Península y también en Indias, agobiada como estaba Nueva España, por la epidemia y el hambre.

Para otra expedición hecha por los ingleses y españoles, contra los franceses, proporcionó recursos el conde de Galve,